

Abilio Guerra Junqueiro

Cuando supe que en Villa del Conde había muerto Junqueiro, no podía creerlo. ¿Era posible que tanta exaltación, tanta vida, se hubiera extinguido así rápidamente? Allí estaba, sin embargo, dando motivo a la crónica de un diario de la noche, con su cara de viejo hidalgo lusitano, con sus barbas pobladas y largas, ancha la despejada frente en donde las arrugas marcaron el surco de los años y de los dolores.

No cabía duda. La tristeza me invadió el corazón, y sentí que venían a mis labios los versos predilectos.

El periódico hablaba del dolor que se iba, pero no decía palabra del dolor que dejaba.

Es imposible leer a Junqueiro sin sentirse familiarizado con sus amores y con sus penas, contagiosas cuando se sabe que las páginas de sus libros no son sino pedazos de su vida palpitando. En sus mismas prosas políticas, que parecieran tener un interés puramente localista y temporario, subyuga al lector más indiferente.

No fué un poeta delicado de princesas encantadas, de príncipes azules y decoraciones exóticas. Portugal no podía darse el lujo de tenerle. Le hubiera desoído, y hubiera hecho bien.

Tocóle vivir en horas de angustia, ennegrecidas por el carbón inglés. Horas decisivas, en que había de decidirse entre vestir la librea de amos sin honra, u optar, en el mejor de los casos, por el destierro.

La vieja dinastía de los Braganza, que fundara Nuñálvarez, agonizaba en medio del escándalo y del dolo.

Se disputaban el poder político dos partidos monárquicos, cuyas reyertas no llegaron nunca más allá de lo conveniente.

Existía también un partido republicano, circunscrito apenas a la capital del reino, de vida efímera y potencialidad nula, compuesto, según Junqueiro, de hombres de valía, ninguno de valer... Una iglesia obediente y pasiva, convertida en sostén del trono... Junqueiro echa su mirada desoladora sobre las miserias nacionales, sobre las garras afiladas de los mercaderes del norte; recuerda las glorias pasadas, y espontáneamente surge el apóstrofe o el sarcasmo crudelísimo de su pluma. ¡Ah, cuando este poeta dice *Mia terra*, cuánto amor se descubre que le incendia el alma!

Encontrándose todos los valores sociales transgredidos, la hacienda en bancarrota, la moral política relajada, sus cantos no podían ser sino pesimistas. Un dolor inmenso, incommensurable, sin dejar ni el más ligero resquicio a la esperanza, se descubre en sus estrofas más robustas y típicas. Llega a tal punto su pesimismo apocalíptico, que a ratos cree posible la complicidad de Dios con los malos, y entonces exclama: « ¿Dónde estás Providencia, que te quiero insultar? »

Y cuando tal no hace, es decir, cuando el apóstrofe no brota de su boca como la llama, su ira se resuelve en el sarcasmo y la ironía. Diráse que hay veneno y hay odio en *La vejez del Padre Eterno* — un veneno sutil y almibarado, un odio que socava — pero recordemos que es también allí donde dice dulcemente: « Creo en un Dios eterno y en un alma inmortal. »

En un libro que tratara sobre Junqueiro, habría que dedicar un capítulo al estudio del odio en la literatura. ¿Se puede, a la vez, amar a lo bajo y a lo alto, al lodo y a la flor? ¿Cabe, dentro del espíritu humano, el amor para los buenos y para los malos? ¿Sería así posible el bien sobre la tierra? ¡Quién sabe! Lo cierto es que el poeta piadoso de *Los simples*, es, sin vacilar, superior al de las barricadas.

Cuando Junqueiro se siente dulce, bueno y manso, llega a lo

sublime con una sencillez que asombra. Su piedad crece, desborda, se expande, y no contenta con llegar a los hombres se acerca, como en *El mirlo* y en *Perro fiel*, a los otros seres de la creación.

Sueña con una fe pura, sincera, ascética y estoica a la manera de los primeros creyentes. « Organicemos — dice — un clero nacional y cristiano, evangélico por la virtud, más que católico por el dogma », « escojamos santos para obispos y la cuestión religiosa se habrá resuelto en un momento ». ¡Ingenua solución, en verdad, pero que muestra toda la grandeza de su alma!

Por lo que respecta a su acatolicismo, está, más que en él mismo, en su afán de parecerlo. No es necesario ir a los últimos años, que dan la certeza, para probarlo. Cuando sus compañeros de lucha pedían la destrucción de los templos, Junqueiro propuso un cambio de hombres, en lugar de un cambio de fe. « Si el cavador — dijo — no comulga con Cristo más que por la hostia, que la hostia le sea ofrecida, pero cálida y blanca, en manos de misericordia y de pureza. »

Cosa que ya a los campesinos había dicho en versos:

Arrancaros del alma vuestra creencia amiga,
fuera como robarle, de noche, a una mendiga
el puñado de leña que se lleva a su hogar.

Si insisto sobre esta faz cristiana de Junqueiro es, precisamente, porque se le tiene por un poeta sacrilego y temible, y no he sabido de ninguna dama que estime su reputación y tenga un volumen del bardo querido en su biblioteca.

Y, sin embargo, su fe no es inferior a la de Nervo.

Entran en los fundamentos del cristianismo dos tendencias netamente diferenciadas, que actúan como fuerzas paralelas en todas sus iglesias. Podíamos llamarlas elemento extático y elemento dinámico. El uno es esencialmente asiático, el otro occidental. El uno busca la práctica del convento, el aislamiento, y a veces el desierto inhospitalario. Es absolutamente pasivo, hace languide-

cer a Kempis, dictándole las páginas de la *Imitación*, y morir de ganas de morir, a la santa de Ávila, Teresa.

El otro busca, por el contrario, los cauces anchos de las multitudes, tiene por arma la predicación, y es el que inspira a Savonarola, impele a Lutero a la rebelión, y hace redactar a León XIII la nunca bastante celebrada encíclica.

Nervo es de los primeros, y si se quiere un argumento irrefutable respecto a su tendencia negativa, asiática, allí están sus citas continuas de los filósofos indios. El *paraíso* a que aspiraba Nervo, no es sino el *Nirvana* budista. Habla continuamente de la trans migración usando el vocabulario de los teósofos orientales, busca para inspirarse la serenidad de los lagos, los cisnes, la nieve... y cuando presiente su muerte lo dice con un temor sereno, resignado, impasible como un fakir...

Es fatalista, y por extensión, nihilista.

Por el contrario, Junqueiro, netamente occidental, necesita de la calle, busca el tumulto, se mezcla con la plebe haciendo suyas todas sus pasiones.

Hace pasar, nuevo Hércules, el torrente de sus versos por las caballerizas de Augías: el Trono. Un imposible: si Nervo hubiera sido llevado ante los tribunales en 1907, seguramente, bajo la inspiración serena de su espíritu místico, no hubiese puesto ninguna valla para que la injusticia fuera consumada, limitándose, quizá, a sonreír... con aquella sonrisa dulce, que él sólo sabía tener, y que nunca podremos olvidar los que le conocimos.

En cambio, Junqueiro, acusado, acusa.

Se levanta, titánico y terrible, teniendo como ejemplo a Sócrates y como modelo al rayo, y provoca a los jueces proclamando su fe republicana.

Una de sus páginas más vibrantes está en la prosa sonora de su defensa formidable, que turba a los tiranos, asombra a las víctimas e indigna a los esbirros.

Sus versos, sus artículos, se leen en las calles, en las plazas, al pie de las montañas; corren de boca en boca y antes de estar impresos los conoce ya todo Portugal.

La reacción quiere impedirle el contacto con el pueblo y por dos veces le expulsa de su tierra querida. Pero, como las distancias no se hicieron para los pensamientos, sus cantos siguen recitándose, a escondidas, en las ruinas de las casas deshabitadas, en los subterráneos y en las cuevas, hasta que estallan vibrando un día de 1910, con las notas de la Marsellesa revolucionaria.

Portugal se pone de pie y viste el gorro frigio de la república.

Ya él lo había predicho, mientras Su Majestad se divertía:

— Papagayo real, ¿qué hay en la plaza?

— Es el Rey Don Simón que va de caza.

Pero, pasa el tiempo y el panorama cambia:

— Payagayo real, ¿qué hay en la plaza?

— Es alguien, alguien, que ha salido a la caza
del cazador Simón.

Caído el trono, ve realizarse el gran anhelo de su vida, apartándose inmediatamente del ruido callejero y popular de la victoria, como si temiera un desengaño. Su ideal no estaba totalmente consumado, pero se encontraba ya viejo, enfermo y abatido. Recorre España y se instala, rodeado de muebles arcaicos, en Villa del Conde, a donde va a morir.

Si Guerra Junqueiro hubiera venido al mundo algunos siglos antes, seguramente se le hubiera tomado por un divino iluminado. Quien le oyera recitar su oración a la Luz, con su temperamento profundamente religioso, con su porte de fraile penitente, bien podría tenerle por un profeta. Para encontrar apóstrofes como los suyos, tendríamos que buscarlos en el Antiguo Testamento, para comparar su Libro de oraciones, tendríamos que tomar el Evangelio. El cantor del Pan y de la Lágrima, de la Canción perdida, de la Fosa común, resume todas sus aspiraciones en esta maravillosa estrofa:

Y cantando,
y luchando,
y soñando,
y llorando,
y rezando,

haré de esta luz nueva que se expande
la luz espiritual del día grande,
la luz de Dios, la luz de Amor, la luz del Bien,
luz de la eterna gloria, luz de la luz, amén.

EDUARDO R. VACCARO.